

Tiempo de la historia, relato del tiempo

Ángel Emilio Hidalgo

Universidad de las Artes (Guayaquil)

El historiador no se evade nunca del tiempo de la historia: el tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la pala del jardinero.

Fernand Braudel

Historia, tiempo y conocimiento del pasado, de Enrique Ayala Mora,¹ es un libro que se ocupa del tiempo y la periodización como dos categorías fundamentales del historiador, las que no siempre son incorporadas en su arsenal teórico-metodológico. No obstante, la labor de Ayala Mora se inscribe en una tradición que, en el caso ecuatoriano, procede de los primeros cultores de la práctica historiográfica en nuestro medio: Juan de Velasco, Pedro Fermín Cevallos, Federico González Suárez, Roberto Andrade, Belisario Quevedo, son algunos de sus ilustres antecesores que introducen la periodización como instrumento y modelo analítico de la historia.

TIEMPO

La historia como disciplina obtiene su condición singular, en tanto “ciencia del todo social [...], ciencia del tiempo y no del instante o de la sola actualidad”.² Es decir, tiempo y sociedad se unen de manera consustancial, dejando atrás la antigua idea cosificada de “pasado”, en tanto objeto estático de la historia como experiencia de vida. El tiempo para el historiador no es la sumatoria lineal de acontecimientos. El análisis de las formaciones sociales concibe la presencia de un tiempo dinámico, múltiple y plural, fraguado en capas, ritmos y temporalidades que conviven de manera simultánea.

Bajo estas premisas, el historiador tiene el desafío de identificar los tiempos que anudan el devenir histórico de las sociedades. En el tejido social se

1. Enrique Ayala Mora, *Historia, tiempo y conocimiento del pasado. Estudio sobre periodización general de la historia ecuatoriana: una interpretación interparadigmática* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 2014).

2. Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario de análisis histórico* (Barcelona: Crítica, 1999), 42.

amalgama el tiempo corto, que no se detiene en lo político, sino que abarca “todas las formas de la vida: económico, social, literario, institucional, religioso e incluso geográfico”;³ en conjunción con el tiempo medio, relacionado con fluctuaciones económicas, demográficas y ciclos que duran un decenio, treinta o hasta cincuenta años. A su vez, la larga duración o tiempo de las estructuras experimenta leves mutaciones a través de los siglos, e incluso milenios, lo que indica un rasgo atávico de permanencia que configura rígidos ensamblajes sociales, culturales o ideológicos a los que están atados los sujetos.

Por otra parte, la conjunción y oscilación de los distintos niveles del tiempo histórico posibilita la tensión entre continuidades y rupturas. Se ha dicho, no sin razón, que “la historia es el estudio del cambio de los individuos y las sociedades en el tiempo”;⁴ sin embargo, como dice Waldo Ansaldi, hay que “observar y explicar los cambios en las continuidades y las continuidades en los cambios”.⁵ Este punto es clave, pues implica escapar de narrativas teleológicas y abordar la complejidad de los procesos con modelos de interpretación que ayuden a explicar, temporal y espacialmente, el funcionamiento de las sociedades humanas.

PERIODIZACIÓN

La periodización es una operación historiográfica que funciona como modelo de comprensión del tiempo a partir del despliegue de procesos inscriptos en sus correspondientes marcos sociales. La búsqueda hacia la comprensión de lo social ha llevado a los historiadores a plantearse la periodización como instrumento de análisis, en tanto “constructo intelectual que simplifica la realidad a fin de destacar lo recurrente, lo general y lo típico”.⁶ Así lo entendieron Enrique Ayala Mora y los autores de la *Nueva historia del Ecuador*, cuando incorporaron segmentaciones temporales de épocas, períodos y momentos o etapas,⁷ en el marco de una tarea intelectual

3. *Ibíd.*, 65-66.

4. Enrique Florescano, *La función social de la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2012), 29.

5. Waldo Ansaldi, “La conformación de la matriz institucional del orden vigente. Una mirada de larga duración”. En *América Latina. La construcción del orden*, t. II (Buenos Aires: Ariel, 2012), 683.

6. Peter Burke, *Historia y teoría social* (Buenos Aires: Amorrortu, 2007), 48.

7. Enrique Ayala Mora, “Periodización de la Historia del Ecuador”. En *Nueva Historia del Ecuador*, ed. por Enrique Ayala Mora, vol. 13 (Quito: Corporación Editora Nacional, 1993), 213-229. En una revisión posterior de la propuesta, los “momentos o coyunturas” reciben el nombre de “etapas”.

tual que culminó con la publicación del *Manual de Historia del Ecuador*.⁸

Todo esfuerzo de periodización debe partir del aporte que hacen los actores colectivos, tal como ocurrió en la *Nueva Historia del Ecuador* con la inclusión de los grupos indígenas, afro, mestizos. Más allá de examinar las huellas que nos legaron las sociedades del pasado, el esfuerzo del historiador consiste en reconstruir la trama social desde los distintos niveles de la temporalidad histórica. Se añade a ello el uso de categorías que ayudan a problematizar los procesos, sin perder de vista su totalidad. La dimensión interpretativa de la historia se sustenta en el esfuerzo por comprender la complejidad de lo social, a la hora de aquilatar la historicidad de actores individuales y colectivos.

En el libro *Historia, tiempo y conocimiento del pasado*, se presenta un modelo de periodización basado en la centralidad del Estado-nación como actor determinante en la historia republicana del Ecuador. Enrique Ayala Mora divide la historia ecuatoriana en cuatro épocas que también funcionan como unidades de significación: Aborígen, Colonial, Independencia-Etapa Colombiana y Republicana; despliegues temporales que se subdividen, a su vez, en períodos y etapas; es decir, procesos más cortos que aparecen determinados por “revoluciones” o gravitantes transformaciones sociopolíticas como la Revolución Liberal (1895-1912), junto a coyunturas socioeconómicas como la etapa de “predominio plutocrático” (1912-1925).

Las facetas históricas de la vida social en que pone mayor énfasis esta periodización son la política y la economía, confirmándose, así, que estos campos aún marcan el compás de la historiografía ecuatoriana. La historia cultural, por su parte, recibe poca atención; mientras que la historia social permanece bajo la sombra de la acción estatal, excepto en la etapa de “crisis, inestabilidad e irrupción de las masas”. Considero importante revisar las cotas temporales de esta etapa, pues su periodización (1925-1947) no contiene la emergencia del movimiento obrero ecuatoriano y la consolidación de las sociedades artesanales, tanto de cuño católico como liberal-laico en las primeras décadas del siglo XX, incluyendo, por supuesto, la huelga general y protesta social en Guayaquil que culminó con la matanza del 15 noviembre de 1922.

También habría que valorar en qué medida se ha superado el paradigma tradicional de periodización basado en cronologías puras, pues en la propuesta de Ayala Mora no aparecen superpuestos procesos de larga y mediana duración; es decir, no sería posible aplicar lo que el propio autor observa, en el sentido de que una periodización “debe establecer divisiones y subdivisiones que, por una parte, den cuenta de la larga duración, y por

8. Enrique Ayala Mora, ed., *Manual de Historia del Ecuador*, 2 vols. (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 2008).

otra, de la sucesión de coyunturas”.⁹ El cuestionamiento a las periodizaciones cronológicas, en un sentido primario, obligaría a incorporar la idea de la “simultaneidad de lo anacrónico”, en palabras de Reinhart Koselleck,¹⁰ es decir, la confluencia temporal de múltiples procesos.

Muchos de estos procesos no solo son concurrentes, sino al mismo tiempo disímiles y desiguales, lo que problematiza aún más la reflexión teórico-metodológica de las periodizaciones. Sobre esto último, habría que considerar la regionalidad como categoría que atraviesa los procesos sociales en la historia del Ecuador. A Juan Maiguashca le debemos el desvelamiento de la cuestión regional y su profundización en la historiografía ecuatoriana,¹¹ quien además introduce una periodización alternativa al paradigma del Estado-nación, cuando aborda los períodos 1830-1925 y 1925-1972, desde parámetros diacrónicos y sincrónicos en el análisis e interpretación de lo regional.¹²

Por otra parte, es importante que el historiador declare su “lugar de enunciación”, imprescindible operación metodológica para quien estudia las sociedades del pasado, incluso para responder a su propia interrogante, sobre “desde dónde se estudia el pasado”.¹³ Como resulta casi imposible escapar del rasgo atávico de una escritura de la historia encaminada a legitimar el orden establecido, en el sentido planteado por Josep Fontana,¹⁴ habría que preguntarse a qué o quién legitima Enrique Ayala Mora en su propuesta de periodización de la historia nacional, considerando, por ejemplo, que existen omisiones en la nominación de procesos decisivos como la Revolución de Guayaquil (1820-1822), en la última fase de la independencia ecuatoriana, la cual es calificada con el ambiguo término de “la campaña definitiva” (1820-1822).

Queda, así mismo, como tarea pendiente, elaborar un registro de la conciencia temporal de los sujetos “otros” de la historia ecuatoriana (pueblos indígenas, montubios y afrodescendientes), para vislumbrar sus formas de medir y concebir el paso del tiempo, así como su “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”,¹⁵ categorías fundamentales que deberían incorporarse en diálogo con los sistemas epistemológicos hegemónicos.

9. Ayala Mora, *Historia, tiempo y conocimiento...*, 29.

10. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 311.

11. Véase Juan Maiguashca, “La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830-1972)”. En *Nueva Historia del Ecuador*, ed. por Enrique Ayala Mora, vol. 12 (Quito: Corporación Editora Nacional, 1992); Juan Maiguashca, ed., *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930* (Quito: Corporación Editora Nacional / FLACSO / CERLAC-York University / IFEA, 1994).

12. Juan Maiguashca, “La cuestión regional...”, 179-226.

13. Ayala Mora, *Historia, tiempo y conocimiento...*, 15.

14. Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Crítica, 1999), 9-10.

15. Véase Koselleck, *Futuro pasado...*, 333-357.

Finalmente, hay que ponderar esta propuesta como uno de los contados esfuerzos, desde la academia ecuatoriana, de interpretar sistemáticamente la temporalidad histórica, lo cual, sin duda, es su mayor mérito. Ojalá aparezcan otras que puedan interpelarla e incluso, superarla. Esta es una labor pendiente entre las nuevas generaciones de historiadores ecuatorianos –muchas de ellas, como la mía, formadas por maestros como Enrique–, quienes, a pesar del oficio ganado en múltiples terrenos, todavía le adeudan al país la principal tarea que el mismo se impuso y buena parte de los de su generación: pensar la historia.